

LA ESCUELA DE RIGA Y LA UNIÓN SOVIÉTICA EN EL DEVENIR DE LA CARRERA ARTÍSTICA DE ALICIA ALONSO

Por **Gonzalo Preciado Azanza**



Alicia Alonso en “Giselle” junto a Harals Ritenbergs en la Ópera de Riga. ©Ópera Nacional de Letonia

El reciente fallecimiento de Alicia Alonso (1920-2019), la última gran *Prima ballerina assoluta* del Siglo XX ha conmocionado al mundo de la danza, cuya contribución a este arte durante los últimos setenta años, la han situado como el pilar imprescindible del ballet clásico hispanoamericano. Su carrera artística fue realmente meteórica desde que se incorporó al Ballet Theatre (actualmente el American Ballet Theatre) e hizo su debut en el año 1943 en el mítico papel de Giselle junto a Anton Dolin sustituyendo a la entonces *Prima ballerina assoluta* Alicia Markova. La historia de esta artista cubana de sangre española es ya leyenda.

A pesar de que “sobre Alicia Alonso se ha escrito prácticamente todo” como señalaba Roger Salas recientemente, un aspecto quizá menos conocido por el público es la influencia del ballet ruso y en especial de la Escuela de Riga en el devenir de su trayectoria artística. Es bien sabido, que comenzó sus primeros pasos en su Habana natal de la mano del maestro de origen ruso Nikolai Yavorski en la Sociedad Cultural Pro-Arte Musical y después se marcha a Nueva York para ingresar en la prestigiosa School of American Ballet, en donde pudo estudiar de la mano de Alexandra Feodorova-Fokin (1884-1972) y Anatole Vilzak (1896-1998). Dos pilares fundamentales para la gestación y el afianzamiento del ballet en Riga junto a Nicholas Sergeyev (1876-1951), el conocido director de escena que huyó de Rusia junto a los registros de los ballets coreografiados por Marius Petipa y Lev Ivanov, para salvaguardarlos de la barbarie acontecida durante la Revolución Rusa (1917) que actualmente se encuentran en la biblioteca de la Universidad de Harvard bajo el nombre de Sergeyev Collection. Mientras que Feodorova-Fokin había sido antiguamente una estrella del Imperial Ballet en San Petesburgo (precursor del Ballet del Mariinski) y “una profesora esencial” en pala-

bras de la propia Alicia Alonso. Viltzak había bailado para Diaghilev en sus Ballets Russes, afincados inicialmente en París, además de haber sido también primer bailarín en el Mariinski.

Años más tarde, tras haber regresado a Cuba en 1948, durante una suspensión laboral de las actividades del Ballet Theatre, Alicia Alonso decide fundar su propia compañía: el Ballet Alicia Alonso (que a partir de 1959 se denominó Ballet Nacional de Cuba, tras contar con el beneplácito de Fidel Castro). En plena Guerra Fría, empuñó una serie de actuaciones por la Unión Soviética, que la convirtieron en una de las primeras bailarinas occidentales y la primera representante latinoamericana en actuar en el Teatro Kirov (actualmente Mariinski) de San Petersburgo y el Teatro Bolshoi de Moscú. No obstante, también actuó en la Ópera de Riga, interpretando *Giselle*, su rol fetiche, junto al conocido bailarín letón Haralds Ritenbergs el 2 de enero de 1958.

Dos años después, volvió junto a toda su compañía en la gira que hizo el Ballet Nacional de Cuba entre octubre y noviembre de 1960 (justo después del final de la Revolución cubana) por los principales centros artístico-culturales de la Unión Soviética, la conocida tríada del ballet ruso: Moscú, Leningrado (San Petersburgo) y Riga. Entre las piezas que bailaron, hubo dos que destacaron especialmente: *Apollo* y *Coppélia*. No solo por las magníficas interpretaciones de Loipa

Araújo, Josefina Méndez y Mirta Plá como las musas de Apollo (Rodolfo Rodríguez) o el genial José Parés en el papel Dr. Coppelius junto a Alicia Alonso representando a la traviesa Swanilda. Sino por el impacto que estas produjeron en un joven estudiante de ballet de doce años, que acababa de empezar a bailar en la Escuela Coreográfica de Riga, y que estaba llamado a ser uno de los mejores bailarines masculinos de toda la historia: Mikhail Baryshnikov.

Medio siglo después, en el prólogo para el libro Cuban Ballet (2010) de Octavio Roca, el propio Baryshnikov nos narra lo mucho que le impresionaron estas actuaciones, así como el aprecio que tiene hacia los bailarines cubanos y sus métodos de enseñanza, que “encarnan una interesante fusión del ballet occidental y ruso” en su propias palabras. Por lo tanto, me pregunto hasta dónde llega la influencia de la tríada del ballet ruso, y en especial de la Escuela de Riga median-te las figuras de Nicholas Sergeyev, Alexandra Feodorova-Fokin, Anatole Viltzak y sus sucesivas generaciones a través de sus discípulos más ilustres: Alicia Alonso y Mikhail Baryshnikov. Dos polos opuestos, una cubana de sangre española y un letón de origen ruso, que están íntimamente relacionados gracias a la afinidad de nuestras culturas establecidas por el filósofo Ortega y Gasset: “*Rusia y España, los dos extremos de la gran diagonal europea*”.



Poster de la gira del Ballet Nacional de Cuba en la Unión Soviética en 1960. ©Ópera Nacional de Letonia